

JOSE V. GOMEZ ALFARO

40-6

10

11(380-27)

SECCION CONTROL

BIBLIOTECA NACIONAL

572524

REBELDIA → LIRICAS

EDITORIAL LUX

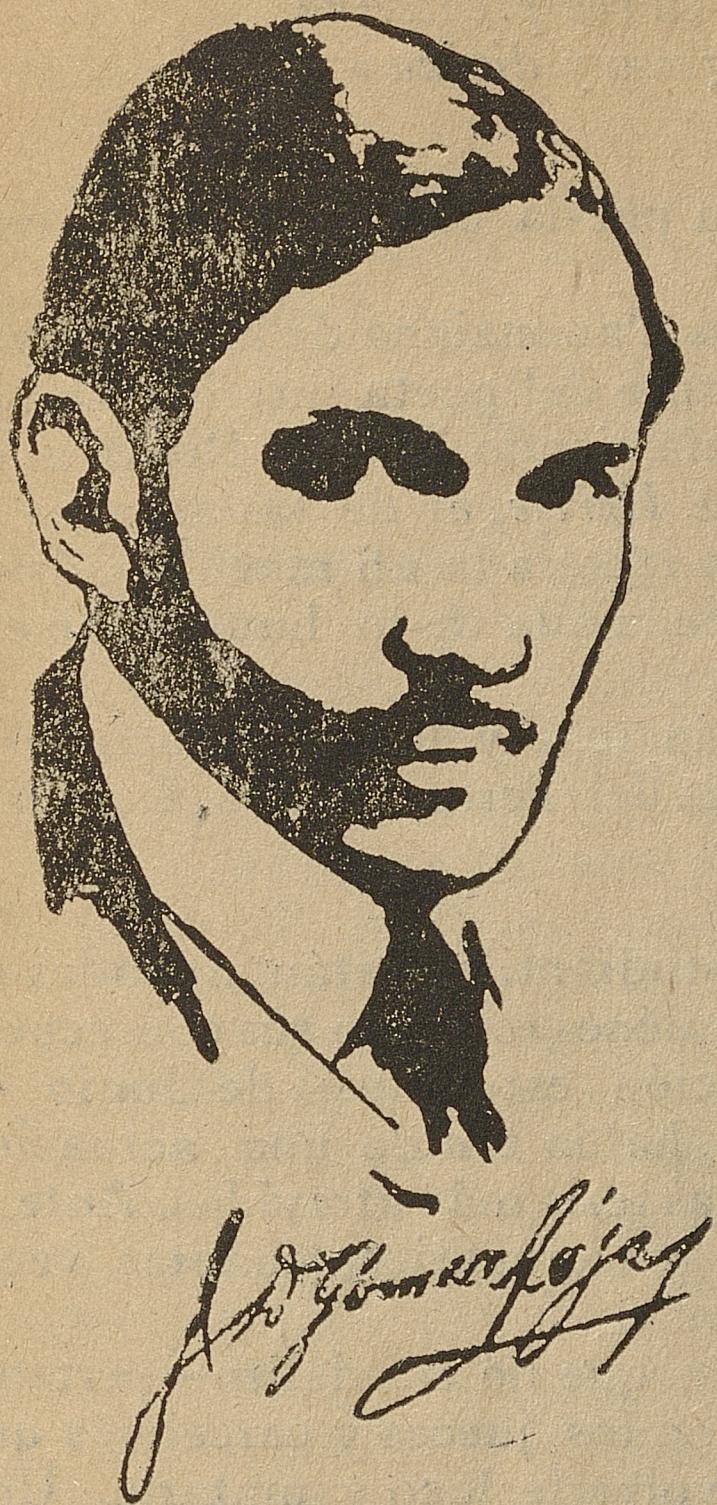
<i>El Cancionero Revolucionario</i> , 3. ^a edición.	\$ 6.40
<i>Voces de Liberación</i> (agotada)	0.40
<i>Entre Campesinos</i> , por E. Malatesta (agotada)	0.40
<i>El Sindicalismo Libertario en Cataluña</i> , por Angel Pestaña y Salvador Seguí (agotada).	0.30
<i>Rebeldías Líricas</i> , por J. D. Gómez Rojas, 3. ^a edición.....	0.60
<i>El Comunismo en América</i> , por Evangelina Arratia (agotada).....	0.40
<i>Organización y Revolución</i> , por Ricardo Mella	0.40
<i>Mi Palabra Anarquista</i> , por Manuel Már- quez, 2. ^a edición.....	0.40
<i>La Conquista del Pan</i> , por P. Kropotkin.20
<i>La Mujer Esclava</i> , por R. Chauchi.....	0.20
<i>Arengas</i> , por Armando Triviño.....	0.40
<i>Mis Proclamas</i> , por Juana Rouco.....	0.40
<i>La I. W. W. en la Teoría y en la práctica</i> , por A. Triviño.....	0.40

PEDIDOS DE EJEMPLARES AL ADMINISTRADOR

Armando Triviño :: Correo 5, Casilla 6010
SANTIAGO DE CHILE



GOMEZ ROJAS, POÉTA



El palacio de mármol de su poesía no era un templo hermético: junto a sus fuentes de cristal y a sus pavos reales constelados, el rumor angustioso de la humanidad decía su tragedia cotidiana.

En sus comienzos la poesía de Gómez Rojas era poesía de tribuna al aire libre, para ser gritada a pleno pulmón ante las multitudes temblorosas. «Mis canciones son rojas como la dinamita» clamaba entonces lleno de infantil fe revolucionaria en sus *Rebeldías Líricas*, el libro de la adolescencia. Vino después a su espíritu la noble y grave serenidad y José Domingo Gómez Rojas se transformó en Daniel Vásquez y escribió poemas en que la perfección griega de la forma unía la plenitud armoniosa del concepto que se abría con la sencillez de una flor. Daniel

Vásquez era un claro filósofo panteísta que rimaba sus apacibles inquietudes en un jardín lleno de silencio:

«Que la emoción sagrada cada verso sacuda
que el ritmo silencioso tenga su imagen muda,
y así como en la clave la música se anuda,
se enhebre en las estrellas la belleza desnuda.

El verso es una música cuyo ritmo es Dios mismo
una fuente es el símbolo de su voz cristalina;
debe nacer signado por algún asterismo,
debe enredarse al viento como una golondrina,
debe ser perfumado como una mujer fina,
debe tener el alma de una lejana estrella,
una mujer desnuda no debe ser más bella,

sólo así el verso es santo y su voz predestina
como música nueva, milagrosa y divina.»

Así define Daniel Vásquez la poesía con pasión de artista y sabiduría de esteta.

Pero no era todo la sabiduría d'anunziana de la forma y el artificio, ni la emoción desgarrante del poeta interior: Daniel Vásquez el de las *Elegías*, seguía siendo Gómez Rojas, el de *Rebeldías Líricas*, el del *Poema Hereje*, el de las arengas en los mítinges obreros. Con su vida repetía la afirmación clásica de que, puesto que era hombre, nada de lo humano le era extraño.

Llegó la lucha presidencial de 1920 y las persecuciones a obreros y estudiantes de la época del Terror Blanco. Domingo Gómez Rojas cayó preso.

¿Por qué?

Las asociaciones obreras y estudiantiles están minadas de espías y pesquisas, no se sabe quiénes son pero sus consecuencias se sienten. En la convención estudiantil de Junio de 1920, Domingo Gómez Rojas había tenido una actuación descollante. Defendía siempre las tesis más atrevidas. Ante el escándalo y el asombro de los reaccionarios, ¡cuántas veces no gritó henchido de convicción!

Se le tomó preso por un delito que no era delito—pertener a la I. W. W. Fué altivo con los jueces y carceleros que ultrajaron su dignidad hasta volverle loco y matarle. Una sensibilidad delicada como la suya debía rebelarse más que ninguna otra ante la injusticia. Por eso murió.

Pero la voz del poeta no acaba con el calabozo, el manicomio y la tumba. Mataron en él la única posibilidad de «poeta civil» fuerte y honrado, entre nosotros. Los poetas en Chile han perdido la dignidad de su alto destino cuando han llegado a las muchedumbres porque sólo han ido a ellas a buscar el éxito como a la pista de un circo. Gómez Rojas fué a la multitud con elevación, paseando con plena conciencia, lleno de verdad, la flor desnuda de su corazón. Y por eso, cuando muerto, los todopoderosos han oscurecido de mentira la tragedia que lo aniquiló, esa voz de ultratumba es, aunque generosa y magnánima en su perdón, inexorable en su acusación, implacable en su verdad.

Dice Gómez Rojas en una carta cuyos originales hemos tenido en las manos: «José Astorquiza es un hombre sagazmente torpe para ser cruel. Yo para él, no soy estudiante, no soy hombre; no soy ni siquiera un perro; me trata en forma odiosa. Ascui, el alcaide de esta cárcel es un jesuita, una ponzona viva, etc.»

En sus versos, que son una mano cordial tendida a los que lo coronaron de espinas, reza al oído de la madre:

*«Por eso nada importa, Madre, que a tu buen hijo
los pobres hombres quieran herir. ¡Piedad por ellos!
Piedad, Piedad, Piedad! Mi amor ya los bendijo.
¡Que la luz de los astros les peine los cabellos!»*

Es el perdón, es la piedad, es el amor, lo que Gómez Rojas, desde las entrañas de la tierra, pide para sus victimarios. La muerte a todos nos iguala: buenos y malos dormiremos en ella. La voz de los buenos se empapa en eternidad para rogar por aquellos que lo escarnecieron. Nosotros los escuchamos. Su palabra es una música serena en nuestras exaltaciones. Cada obrero, cada estudiante debe escuchar al poeta, su verso debe ser el bálsamo en el desaliento, al sentirlo debe pensar que gravita sobre él la obligación de que la justicia se cumpla, de que la bufonada trágica no continúe. Al ejercitar la venganza se hará la justicia. Si antes fuimos incapaces de la acción no debemos seguir durmiendo sobre la tumba de nuestro amigo, abierta a golpes de injusticias. Es traicionar la memoria del muerto vivir indiferentes al ritmo actual: es dejar impune su asesinato encogerse de hombros ante el mal cotidiano, es renegar de su martirio, conformarse con lo establecido.

La muerte del poeta, de una belleza desgarrante, es una enseñanza apostólica. Sembrar en la palabra la bondad del corazón; decir, hasta en la hora de la agonía, la súplica del perdón para los que causan el mal propio pero ser inexorable para el régimen que engendra el mal de todos y sentir iluminarse las tinieblas íntimas con la esperanza de la redención del mundo; cantar, cuando el desaliento nos desgarra, el horror de hoy y la dulzura de mañana.

No supieron sus victimarios apreciarlo: sub-hombres malos e ignorantes, no podían sentir ni pensar lo que este hombre imaginaba. Lo tenían sin saber por qué, primero; porque no

se doblegó, después. Porque no quiso declarar que la I. W. W. recibía dinero del Perú se le mantuvo incomunicado. Por fumar un cigarrillo durante la visita del señor Ministro Astorquiza, que fumaba un magnífico puro, fué abofeteado por éste e incomunicado por 48 horas. Y a pesar de estar con esposas escribió: «Jesus Cristi. Inscriptio. J. D Rojas, 29 de Agosto de 1920. Proceso contra la I. W. W. Lleva 34 días de prisión y hoy escribió por su mano y con esposas esta inscripción para que quede constancia fugaz, en esta celda donde yace cuatro días. Mis vecinos fueron Pedro Gandulfo y Rigoberto Soto Rengifo, estudiantes. Ar longa, vita brevis. Ego sum qui sum. Cogito, ergo sum!» Y con esposas redactó un escrito en que reclamaba del proceder arbitrario del señor Ministro Astorquiza. Fué entonces trasladado a la cárcel, donde sufrió las torturas más macabras. Y, a pesar de sus carnes arañadas y rotas por el impulso ciego de la razón despedazada, su calabozo era una charca infecta y húmeda con los baldes de agua que le arrojaban con mano inclemente para acallar sus gritos delirantes. Escena sombría que el poeta llena de luz para la eternidad. Supo en la desesperación odiar, con odio justiciero. El tenía conciencia de su martirio. Por eso decía: «No he de morir en vano». Recojamos en nuestras manos su herencia de ardor, de lucha, de siembra. Derramemos hacia los cuatro vientos sus palabras llenas de un dolor que no fué nunca resignación porque eran la protesta viva y retorcida que arrancaba la injusticia. No nos lamentemos con líricas palabras estériles. En esta fecha que es un aniversario y un símbolo, debemos ser honrados con nuestra conciencia y reconocer que no hemos hecho nada. Miremos hacia el cementerio en que las manos del poeta cruzadas en la muerte siguen sembrando. Recojamos esa enseñanza para no doblegarnos ante ninguna injusticia y no desesperar en la lucha épica, en que habrán de caer otros buenos, contra la injusticia total de veinte siglos.

Sea el poeta, para nosotros, senda, bandera, estímulo en la acción. Y no olvidemos su voz, que envuelve a todos en un amplio y generoso perdón; «no he de morir en vano».

El Explotador

Adaptación de una poesía de Adolfo León Gómez

Era un explotador... y agonizaba
con una angustia atroz insopportable
que el peso de las fuerzas que se explotan
oprime tanto más, cuanto ellas valen.

En su lecho de muerte deliraba
y lleno de dolor el miserable,
veía los dolores del obrero,
escuchaba los llantos de las madres,
y veía el tugurio de la miseria
y tantos niños... morían de hambre...

Y creyendo los sabios profesores
que en el pecho de ese hombre hubiera un cancer
a los rayos Roetgen acudieron
para el llagado corazón mirarle.

Y es del explotador tanta su infamia
y tanta la negrura de su sangre,
que de los rayos se manchó la lumbre...
y fué imposible corazón hallarle!

Exhortación

(A Alfredo Guillermo Bravo Z.)

Detente Humanidad, detén tu raudo paso
y contempla tus luchas, tu esfuerzo, tu fracaso,
y si tu frente erguida con regias majestades
inclinás al sepulcro de pasadas edades:
oirás un gemido, un doloroso llanto
que resuena en los siglos, que te helará de espanto.

Escudriña y escarba el polvo de los siglos,
remueve las reliquias, los bárbaros vestigios
de tu esfuerzo pretérito... y sentirás la herida..
pues verás que tu esfuerzo no ha hecho brotar la «Vida».

Sí. Verás los fetiches y verás las espadas que revelan barbaries de épocas ya pasadas; pero si quieres ver algo que pasme, asombre, contempla tu pasado reflejado en el hombre y le verás esclavo, esclavo, siempre esclavo, taladrado los huesos por el horrendo clavo de la vil servidumbre, herido y ultrajado; en la India como paria, en Grecia como ilota; en Roma como esclavo; en la Edad Media, idiota servidor del terruño del señor más osado, y siempre, Humanidad, le verás explotado o bien explotador...

Y sentirás la herida que es llaga putrefacta por do escapa la vida, y sentirás las ansias de un bálsamo divino para la herida y luz para ir en tu camino, pero el cantor te dice que inclines tus rodillas, y que el rubor encienda tus pálidas mejillas y que toda contrita, con la mirada tierna contemples asombrada la triste «Edad Moderna»... y verás con dolor que en cada surco brota al par que la semilla: el esclavo, el ilota; y verás asombrada, en el siglo protervo de las «Urbes Modernas», el anónimo siervo, el siervo de las fábricas que ruge sus protestas de rabia y de venganza.

Y si miras la faz bendita de la tierra verás caer rendido en la cínica guerra al ilota que sufre, al obrero explotado, que troca por la blusa el traje de soldado, y le verás sufrir los purpúreos dolores por defender la tierra de hipócritas señores... y le verás sufrir, y le verás herido caer en su jornada de anónimo vencido.

¿Esta es la «Edad Moderna» de los grandes obreros
¿Esta es la «Edad Moderna» de los firmes aceros?
¿Esta es la «Edad Moderna», la de las libertades,
es esta, yo pregunto, la «Edad de las Edades?»

—¿No?

¿Mentira?

Es esta la «edad de los dolores»
de los obreros parias.

La edad de explotadores,
es la edad del acero...

Hunianidad doliente:
¿no sientes los dolores, la vergüenza en tu frente?

Detén tu raudo paso, inclina tus rodillas
y escucha el rumor sordo de siniestras cuchillas.

Detén el raudo paso de tu marcha inaudita
y escucha el rumor sordo, teme a la dinamita
que orifica los senos da nuestra madre tierra,
que hiere y asesina en lòs campos de guerra;
teme a la dinamita, teme al moderno acero
que es el arma favorita de los explotadores
y que será bendita en manos del obrero
cuando vaya a vengar los trágicos dolores,

Mira el augusto seno, Mira la capa interna
de la tierra y verás que aún en la Edad Moderna
existen los esclavos...

Los lívidos mineros
son esclavos modernos con los nombres de obreros;
y si miras los campos do brotan las cimientes
verás a los ilotas con nombres diferentes.

Los negros que se agotan, los chinos que aniquila
la mina; el herrero de trágica pupila;
El fogonero rudo que entona sucio cántico,
el marino listo de inmenso transatlántico;
los peones y labriegos; los soldados siniestros
que tienen asesinos por amos y maestros;
el salvaje inquilino de indómita arrogancia
que vive de miserias, que vive de ignorancia;
las débiles mujeres, las de flácidos senos;
las rameras que guardan en sus vientres venenos
y que son estropajos del vicio; los chicuelos
que las Urbes Modernas convierten en pilluelos,

los pobres inmigrantes, que en pos de la fortuna abandonan familias, amigos, suelo y cuna; los «incivilizados» (?) de las enclenques razas que son víctimas de todas las amenazas: ¿Todos? Humanidad, son esclavos que gimen de dolor. Pero a tí ¿no te avergüenza el crimen? ¿No temes a los hierros de las revoluciones? ¿No temes que la llaga te pudra el corazón? Yo creo, Humanidad, que temes rebeliones, entonces, dí a los pueblos de todas las naciones, antes que se sublevén:

Os doy la *Redención*.

XII 1912

Los Inmigrantes

Para Fernando Barrios

Pobres desheredados...!

La Fortuna

Nunca meció la miserable cuna donde arrullásteis vuestros sueños de oro y siempre vuestras frentes macilentas azotaron las ansias, las tormentas de aquella sed de conquistar tesoro.

Marcharéis al azar de los destinos por los ignotos, trágicos caminos que os señala la traidora suerte...

¿Quién sabe si al partir, aventureros, habéis clavado del dolor aceros y habéis sentido un estertor de muerte?

Silenciosos iréis en los vapores.

¿Qué tierras regarán vuestros sudores? ¿verán vuestras pupilas qué paisajes? Al dejar el terruño y los parientes ¿no habéis sentido acaso en vuestras frentes el vértigo fugaz de los mirajes?

Al imponeros voluntario exilio
¿no dejaréis atrás algun idilio
y una mujer que por vosotros gima?
¿No dejaréis una querida hermana
y una madre infeliz, ya triste anciana.
que en el amor del hijo se sublima?...

Marcharéis al azar, aventureros,
por los ignotos, tristes derroteros,
que os señaló la traidora suerte...
Dejaréis los parientes el terruño...
Contra la suerte lanzaréis el puño...
que ante la vida cada cual es fuerte!

... Y llegaréis...

Quizás ningún hermano
vendrá a estrecharos vuestra tosca mano
y displicente os mirará algún necio;
encontraréis quizás la torpe risa,
nadie en los labios tendrá una sonrisa,
y sentiréis la afrenta del desprecio.

Y sentiréis recónditos agravios,
y morderéis vuestros ardientes labios,
y os sentiréis nostálgicos y fieros;
en vuestro amor os sentiréis heridos
y al ver que ante la suerte estáis vencidos
morirá vuestra fe de aventureros.

Sin placer, sin amor, sin fe, sin nada.
empezaréis la anónima jornada,
la trágica jornada de la vida;
nostálgicos, cobardes y siniestros,
iréis buscando látigos, cabestros
para ganar la sopa apetecida.

Y muy tristes serán vuestros destinos:
talvez unos seréis los campesinos
que con sudor que brota de las frentes
y golpes de los fulgidos arados,

iréis fructificando los sembrados,
iréis fructificando las simientes.

Y esclavos del rudo inquilinaje
absorveréis el amargo brevaje
del dolor de sufrir el torpe grito,
insulto del patrón que roba y veja,
y será la protesta alguna queja
que simule el dolor de lo infinito.

Otros iréis a ser rudos mineros,
sangrarán vuestros músculos de aceros
al desgarrar las vírgenes montañas;
... y estallará la roja dinamita:
y la tierra será madre que grita
al sentir que le rompen las entrañas...

Otros iréis talvez a los talleres
y seréis como bestias de alquileres
que sufriréis azotes del verdugo;
serán vuestros semblantes amarillos
y tendréis que ganar con los martillos
y con la sangre el mísero mendrugo...

... Y entonces sentiréis, aventureros,
el dolor de vivir de los obreros,
y ante el dolor encogeréis los hombres,
entonces sentiréis en vuestras venas
un músculo que rompe las cadenas
y un ímpetu que engendra los asombros.

Y entonces la musa que me inspira
hará brotar un canto de mi lira,
un cántico de líricos enconos;
entonces marcharemos los hermanos
a derrocar a todos los tiranos
y a hacer caer los legendarios tronos.

Entonces sentiréis que cada nervio
se crispa, y en ademán soberbio,

haréis brotar del hierro los fulgores
y al ver la canalla explotadora
yo sé que soñaréis con una aurora
en que no haya ni esclavos ni señores.

Entonces aletazos de epopeya
arrastrarán a la casta plebella
y se alzará un salmo formidable:
y entonces al crujir de los cuchillos
de los ilotas surgirán caudillos
y un héroe de cada miserable...!

El suburbio

Sea este un saludo al intelectual sincero
Alberto Ghiraldo de quien estoy separado
por los gigantes Andes y unido por los
ideales comunes.

Cuando voy al suburbio doloroso
yo siento que mi alma estremecida
entona el salmo—cántico tedioso—
que entonan los que sufren en la vida.

El suburbio es arteria sin reposo,
El suburbio es la llaga, es la herida
de las Urbes Modernas; es el foso
y el abismo mortal y fraticida.

El suburbio es la copa de veneno
donde fluyen anónimas tristezas
de todos los que marchan por el cieno.

El suburbio es muy triste, de tal modo
que su seno no encierra más bellezas
que las flores que nacen en su lodo

La luna melancólica, que brilla
como una diosa entre turgente raso,
derrama en el suburbio su plumilla
de luz, cual huella que deja a paso,

Y cuál virgen que marcha en barquilla
por el azul del lago, deja un trazo

hasta que llega a la esperada orilla
perdiéndose muy triste en el ocaso,

Entonces el suburbio es como un muerto
que poseen las sombras misteriosas
en un páramo sombrío, triste y yerto.

Y en medio del silencio que es oprobio,
en los seres que duermen y en las cosas
la muerte arroja su fatal microbio.

El suburbio es un cáliz de dolores
Donde nunca la Diosa Primavera
tiende su manto diáfano de flores
ni su brisa que es ráfaga parlera.

El verano con todos sus calores
azota el conventillo que es hoguera
donde fermentan todos los furores
que hablan de eclosiones ... Nada se espera!

El otoño es más triste en el suburbio.
Los obreros que sufren de mil modos
aplacan su dolor con vino turbio...

El invierno es más triste, más sombrío
Los obreros transfórmanse en beodos
y ruge el viento «La Canción del Frío».

En la noche los perros tristemente
ladran, y sus ladridos dolorosos
parecen una queja largamente
pensada...

Los ladridos son sollozos

Hay tristeza que vaga en el ambiente
como un manto sutil.

Los temblorosos
gemidos de los canes y la gente
se confunden en llantos quejumbrosos.

Cuando ladran los perros ¿quién no advierte?
que vaga por el eter cierta sombra?
Esa sombra fantástica es la muerte!

Cuántos lloran las penas más salobres
La Locura, hermana de la sombra,
es también hermana de los pobres.

Cuando una turba de chiquillos
corren sucios, jadeantes y haraposos
por los grandes y hediondos conventillos
como perros hambrientos y rabiosos,

Me parece que veo fúlgeos brillos
en sus ojos profundos y ojerosos...
—esos chicos más tarde sus cuchillos
forjarán para herir los poderosos.—

Más tarde sufrirán rojos dolores
y esa tropa de niños, ese enjambre,
sabrá lo que es sufrir con los señores,

Y todas sus grandiosas esperanzas
las verán convertidas en el hambre
que a los pobres arroja a las venganzas.

El sol luce sus ampos de mañana
con una roja, luminosa tea
que alumbrará los campos donde humana
turba fuera emprender brutal pelea.

De la torre, los fieles la campana
llama con el báculo que golpea;
y a los obreros, doliente caravana,
el humo llama de la chimenea.

Empieza para al pobre la jornada
que torna el rostro róseo en amarillo
y cada obrero es: bestia cansada.

Y una bestia cansada es cada obrero
que parece entonar con su martillo
«La Canción formidable del Acero».

Y empieza la jornada que es poema,
que es poema de ímpetus salvajes
y el obrero que sufre y que blasfema
siente el vértigo atroz de los mirajes.

La fragua purpurina el rostro quema;
las máquinas agitan sus correajes
y en ese movimiento una suprema
fuerza chispa los férreos engranajes.

Las máquinas emprenden sus faenas
como bestias jadeantes llenas de ira,

sujetas por las lubrificas cadenas.

Y en los negros y concavos hornillos
se enciende del carbón la roja pira...
y cantan en los yunque los martillos.

Tras un corto descanso los obreros
prosiguen sus labores en la usina.
Las frentes son surcadas por regueros
de sudor—Cada gota cristalina

tiene el brillo fugaz de los aceros
que una chispa de luz rauda ilumina.
Los semblantes son lívidos y fieros
y en cada faz, cansancio se adivina.

Cuando el sol se aproxima a su crepúsculo
las campanas golpean su badajo
y el obrero descansa de su músculo.

Y salen los obreros en cuadriga
lentamente y al peso del trabajo
murmuran la «Canción de la Fatiga».

Y van por las calles empedradas;
cabizbajos, muy tristes, silenciosos
como si en las espaldas fatigadas
llevaran una cruz.

Los poderosos
brazos cuelgan

Las frentes arrugadas
reflejan el dolor y esos colosos
semejan ser venganzas maniatadas.

El suburbio se agita. Hay movimiento.
El sol en el crepúsculo se apaga
como un rojo pendón.. todo sangriento.

Ha cesado la bulla en las usinas.
Hay mucha sombra que en el eter vaga
y cantan sus fanfarrias las cantinas.

La cantina! Tus fauces traicioneras
Exhalan los más fétidos olores;
tú haces de los borrachos viles fieras,
en tí bebe Caín rojos furores.

En tí pierden el honor pobres obreras,
tú eres el alma vil de los señores,
en tí se incuban todas las rameras,
en tí se engendran todos los dolores.

Tú engendras el mendigo del hospicio,
tú engendras la locura en el poeta
tú clavas en las virgenes el vicio.

En tí pierde el vigor toda su savia
y de tí brotará roja saeta
purpúrea como la «Canción de Rabia».

El suburbio es un bardo que sus gestas
dolorosas, tremendas, formidables
tiene el resonar de las protestas
en los labios de ilotas miserables.

Los obreros de grandes, torvas testas
y nervios retorcidos como cables
algún día alzarán frentes enhiestas
y harán caer los troncos execrables.

Entonces cesará todo gemido,
entonces cesarán todos los llantos
y el pueblo rugirá cual león herido.

Entonces cada nervio, cada arteria
se agitará, y en los furores santos
entonará el gran «Salmo a la Miseria».

Suburbio! Cuna de futuras razas.
Suburbio! Tú eres pira redentora.
Tú eres el germen de las amenazas
y el génesis de la futura aurora.

Tú formarás las atilanas hordas,
tú rugirás al grito prepotente
de los más formidables «Sursum Cordas».

Tú serás cual las raras paradojas
y tú serás el germinal potente
del gran Fiat Lux: El de las *Misas Rojas*

El sarcasmo

... Y llegó a la cantina
el poeta de lirismos extraños
aquel que en sus poemas
cantaba los fuertes entusiasmos,
pero ¡ay! aquella noche
le movían fatales desengaños.

Sentóse en un rincón;
mirábanle asombrados los borrachos
y entonces, como nuevo Edgardo Poe,
bebío un ajenjo amargo,
y sintió aquel sopor
que sienten los que están anestesiados,
y entonces tuvo una visión tremenda,
la visión de algo fantástico
—el génesis de todas las locuras—
de un algo apocalíptico y macabro;
e irguióse y agitando su melena,
de pie entonó este canto:

•¿No sentís las trompetas, las que anuncian los [triunfos;
no sentís los clarines, los que anuncian un salmo;
no sentís los clamores, los que anuncian la aurora
de los futuros santos?
salid de vuestrós lechos
los pálidos ancianos
y batid vuestras canas,
vuestrós cabellos blancos.
Gozad, urbes modernas,
las que entonáis el himno del Trabajo.
Salid fuertes obreros
y ved el espectáculo.
¡Mujer! Deja el harem, el harem de los dioses,
donde arde el fuego fatuo;
¡Mujer! coge tus hijos y ofréndalos cual madre
al nuevo tabernáculo

Humanidad doliente, abre tus ojos
y mira el sol genésico que fulgura de lo alto,
y mira la visión, visión apocalíptica,
de tu horrendo pasado.

¿No oyes las clarinadas del choque del acero,
no oyes el son metálico?

Son las huestes del hambre, la gleba y los ilotas
la plebe y los esclavos
que arrancan de los pechos de verdugos
los corazones negros y manchados.

¿No vez el pendón rojo
el victorioso lábaro?

¿No ves los oriflamas del incendio
de los rebeldes magnos?

¿No sientes el clamor dinamitero,
no sientes que de abajo
sube un canto gigante y ciclópeo?

¿No sientes ese canto?

Levántate, mujer: obrero empuña
como arma el férreo arado;
levántate, valiente
y corre al rojo campo
y veña con tu sangre germinante
los mártires grandiosos del trabajo.

Obrero: vé y derroca
los ídolos de barro,
las viejas leyes que son vil cadena,
rompe los viejos trapos.

No sigáis en la fragua donde el humo
te tiene sofocado,

no sigas en tus noches de vigiliás
desgarrando tus flagelados brazos;
no dejes que tu espalda sudorosa
sea carne del látigo;

no ruegues por el pan para tus hijos;
no sigas siendo esclavo;
no sigas suplicando, sé rebelde
y en el gesto heróico del que es bravo;

derroca a los que explotan,
derroca a los tiranos.
No sigas resistiendo tanto oprobio
ni tanto escupitajo
ni que el patrón viole tus hijas;
tú eres la vida, el amo,
de aquella sociedad que te desprecia;
te engañan y explotan los señores,
te roban tu trabajo;
tú eres el gran artista, tú eres todo,
¡te desprecian con la infamia del sarcasmo!

Y si un día protestas todo humilde,
y pides tan sólo algo,
te llevan a la cárcel y al patíbulo
que tu mismo elevaste con tus manos.

El día que tus fuerzas ya se agoten
se agotará también tu pan escaso,
y entonces en tu hogar habrá miserias,
más miserias que antes vil esclavo;
tu mujer será carne de hospitales,
tus hijas serán carnes del mercado
y tus hijos varones quizás sean
carnada de futuros presidiarios.

Empuña obrero el arma: es hora que tu rabia
se convierta en la tea y en el rayo;
es hora en que la llaga putrefacta
sea puesta en tus manos.
¡Salid de vuestras lechos
los pálidos ancianos
y batid vuestras canas,
vuestras cabellos blancos.
Cesad, urbes modernas,
las que entonáis el himno del Trabajo.
Mujer: deja el harén, el harén de los dioses,
donde arde el fuego fatuo;
mujer: coge a tus hijos y ofréndalos cual madre
la nuevo tabernáculo.
Vosotras, las mujeres,

levantad vuestras frentes, cabellos desatados,
dejad ondear al aire
y tañed vuestras arpas, entonad regio canto;
dad paso a los atletas y sembradles la senda
con los triunfales lauros,
enjugad vuestras lágrimas y vestidas de fiesta
entonad regio salmo
que redoblen los parches, que vibren los clarines
que va a pasar la hueste de bravos libertarios!

¡Cantad, cantad, cantad!
que ya de las auroras ví relumbrar el plaustro.
Es hora de gigantes rebeliones,
es hora de marchar sin leyes ni amos,
es hora de que caigan con estruendo
los ídolos de barro,
es preciso que triunfen las ideas
es preciso que no haya más esclavos,
es preciso que el sol de las auroras
ilumine las frentes de todos los anarkos».

Cesó el himno sonoro
y entonces un borracho
blasfemó y dijo ¡loco!
y todos los borrachos exclamaron:
«que muera el loco, sí, ¡que muera el loco!»
y entonces aquel bardo
sintió mordido el pecho
por otro desengaño...
¡Que siempre se contesta a los profetas
con burla y con sarcasmo.

ANTE «MISERIA» (1)

Al ver ante mi el mármol
que impregna la tristeza,
comprendí toda la injusticia humana

(1) «Miseria.»—Escultura de Ernesto Concha del Museo de Bellas Artes de Santiago

y comprendí que existía la miseria.
Y ví ante mis ojos
desfilar las visiones más horrendas:
esas que arrancan girones del alma
esas que encrespan la inerte materia...
y ví
con angustia infinita
el arrabal inmundo y su lacería;
las vírgenes ví en los duros lechos
declinar sus cabezas;
ví mujeres venir
en el vil parto de crueles bajezas
y las ví lamentarse
y ví al verdugo infame que las veja,
y al rico que las viola y abandona
al olvido, al dolor y a la pobreza.

Y yo ví desfilar ante mis ojos
horrorizados de ver tal escena,
niños semi-desnudos y hambrientos
que marchaban más tarde a las tabernas
que eran después carnadas de hospitales
o bien de cárceles crueles y horrendas
y comprendí el por qué que hay algunos
que odian al que enseña...

Y ví la explotación de los inícuos,
vampiros de una secta,
parásitos infames que corroen
la sociedad moderna,
y al ver yo con dolor la hipocresía
a mi alma toda invadió la pena...

Siguieron las visiones...
y yo ví desfilar larga caterva
de obreros miserables
que las Urbes humanas hacen bestias;
y ví rudos mineros,
los que esforzados bregan
por extraer el oro a las montañas

fecundas de la tierra;
y yo ví los obreros asesinos
que marchan a la guerra
¡Pobres que van a defender la Patria
y que nunca han sabido lo que es ella,
pues sólo han ido a defender terruños
o trapos viejos que llaman banderas,
no saben que es de ricos esa Patria
y que la Patria de ellos es la tierra!

Ellos no saben que los trapos viejos
de la Patria no son el sacro emblema,
porque la Patria para ellos no existe,
y si existe la Patria que es aquella
que los vampiros negros llaman fieros.
—¡La Humanidad: Quimera!

Y ví los sacerdotes de los cultos
falsos, hipócritas de la modestia,
y cual visión fatídica
ví la raza plebeya,
la que sufre y no sabe
que su patria es la tierra
y que su emblema hermoso
es el gran cielo azul con sol y estrellas...

Y ví marchar cual fieros asesinos,
al compás de música guerrera
obreros llenos de odio
para dar muerte a hermanos en la guerra
y profanar la sangre
la faz bendita de la madre tierra.

Y ví caer al plomo de cañones
la carnada...

Después ví la osamenta
fecundando la tierra de sus hijos
para otros han de producir riquezas:
y yo ví con dolor del alma toda
esa raza plebeya

que marcha hacia los campos de batalla
a matar sus hermanos de miseria..

La visión se deshizo ante mis ojos,
pero no la tristeza
y cuando abrí mis húmedas pestañas
y ví a la pobre, moribunda vieja,
—¡Esa es la Sociedad actual!—me dije,
la sociedad moderna,
la sociedad de los explotadores
la que es toda lacería
y la que es actual sepulcros blanqueados
lleno por dentro de larvas infectas.

Y cuando ví la chica que tiritó
y que busca tibiaza,
me pareció la juventud, la pléyade
de revolucionarios
que a levantarse empieza
y que ha de apostrofar a los que explotan
con el rudo anatema,
con el desprecio vil
de la horca y la vergüenza

Y miré por vez última la estatua
que impregna la tristeza,
aquella estatua que el dolor humano
quiso llamar «Miseria»
y que expresa el dolor de los que sufren.
y que de dolor es: todo un poema!

Y como bello símbolo
miré a lo lejos la estatua «Quimera»
¡Oh la aurora futura
cuán hermosa se acercal
¡Futuras rebeliones,
el toque del clarín vibrante suena!
¡Yo sé que un día el triunfo
se entonará al vibrar la Marsellesa!

Canción de los Vagabundos

EVOCACIÓN

Yo los he visto caminar... Un día
me fuí por los senderos—vagabundo—
pleno de juventud y fantasía
me fuí: Quijote a conquistar el mundo.

Y me fuí por los caminos, el sendero
me dijo la canción del peregrino,
cruzado del dolor aventurero
que en el preludio errante del camino
evoca las leyendas de Ashavero.

Me fuí por los caminos polvorrientos
que me dijeron la canción blasfema,
—canción de vagabundos y de hambrientos—
que alza la imprecación del anatema
en las sonoras pautas de los vientos.

Y escuché de los labios dolorosos
el remembrar de azañas y aventuras,
y en un gesto de extraños, los colosos,
me hablaron de injusticias, de imposturas

¡Y supe del dolor y la miseria!
donde pulula anónimo el enjambre
—hijos tal vez de la espantosa arteria—
me enseñaron con labios de blasfemos
que hay una apoteosis: la del hambre!

Y supe del dolor himnos supremos!
muchos eran canallas o bandidos,
anónimos vencidos de la suerte
que en el cáliz de todos los olvidos
bebieron el dolor, y ante la muerte,
—esa obsesión que engendra los asombros
con su visión fatídica y macabra,—
daban el gesto de encoger los hombros
en protesta sin ritmo ni palabra!

Pues nunca interrogaron los destinos
que es cada vida como historia trunca
que epiloga el dolor de los caminos
en la canción que no termina nunca.

Cuán soñadores eran casi todos,
a todos los quise como hermanos
y después de contarme sus éxodos
sentí orgullo de estrechar sus manos!

Unos me hablaron de la madre anciana,
otros me hablaron de la amada muerta,
uno me dijo la injusticia humana,
otro me dijo su visión lejana
en sus delirios por la gloria incierta.

Y después de contarme sus leyendas
prosiguieron errantes sus éxodos,
y todos
perdiéronse cantando por las sendas...

Oración

Por todos los que van por los caminos
bajo la luz del sol o de la luna;
por todos los dolientes peregrinos
que van en pos de amor o de fortuna;
por todos los cruzados de la suerte;
por todos los errantes soñadores,
—Ashaveros de estirpe irredimida:—
por todos que van hacia la muerte
por el largo sendero de la vida;
por los que evoca mi canción sonora:
y por la interminable caravana:
¡sea ese canto, anunciatriz de aurora!
¡sea este canto, exaltación humana!

Canto futurista

I

Ilotas del pasado:—vuestros torsos brillantes por el sudor y el sol, las siluetas gigantes, los músculos fornidos, las triunfadoras testas, los huesos de las frentes cabizbajas o enhiestas me dicen del esfuerzo, me dicen del dolor de todos las tragedias que escribiera el sudor y la sangre en los surcos, por el dolor fecundos; vosotros ignorabais que hubieran otros mundos! os evoco a millones a través de la historia en la exaltación trágica: gloria in excelsis, gloria!

Sembradores del surco:—vuestros pulmones sanos hinchados por el aire, donde esparcéis los granos que besa el sol, la luz; la amplitud de las manos en la siembra de gérmenes por las tierras abiertas al milagro, al misterio de la fecundación, me dice del retorno, de la resurrección que acalla mis secretas e internas amenazas; vosotros ignorabais a las futuras razas! os evoco en leyendas cantando la victoria en el himno panteíco gloria in excelsis, gloria!

Nómades del desierto:—vuestras negras pupilas que soñaron con fuentes y lagunas tranquilas, vuestros labios resecos por la sed, la garganta que en las plenas angustias por las angustias canta, vuestros ojos que vieron los mirajes ambiguos y que vieron la esfinge de los ojos antiguos, vuestros rostros quemados por el beso del sol, esos ojos que vieron la gloria del crisol me dicen de las ansias de rapiña y de guerra. Nómades: no sabíais cuán grande era la tierra! os evoco en las largas y tristes caravanas, gloria in excelsis, gloria por las razas humanas!

Mineros de la tierra:—vuestras negras figuras fatigadas, que arrastran por las minas obscuras

los jadeantes esfuerzos de las musculaturas
que a veces a ellas mismas se hacen las sepulturas
cuando un dinamitazo, cantando las hazañas
del progreso,—desgarra las entrañas
de la roca; las manos sangrantes; los dolientes
gestos de la angustia; las sudorosas frentes;
y los ojos enfermos de no ver luz, los ojos
que saben de carbones transformados en rojos
topacios y de esfuerzos en oro transformados
me dicen del milagro de la luz y el carbón
cantando en el misterio de consubstanciación;
¡oh mineros que marcas por los antros tus huellas!
os olvidáis a veces que existen las estrellas!...
¡os evoco mineros, en mi débil memoria
os evoco titanes; gloria in excelsis, gloria!

Piratas de los mares:—vuestras ansias de hambrientos
que uncieron a las velas los potros de los vientos;
vuestra locos anhelos de conquistar la tierra;
vuestra gestos de heroicos campeones de la guerra
me dicen vuestro ensueño audaz de conquistar
la curvatura enorme de la amplitud del mar;
yo admiro vuestra gestos, piratas del océano;
vosotros no supisteis la apoteosis del aire;
gloria in excelsis, gloria por el futuro humano!

TRABAJADORES TODOS, OS CONVOCO, OS CÓNJURO
DEL PASADO AL PRESENTE, DEL PRESENTE AL FUTURO!

II

A los que proclamáis el origen del génesis
desde Adán, o a vosotros los que la poligénesis
proclamáis, remontando por los tiempos glaciales
vuestra origen en bárbaras epopeyas triunfales;
y a todos los que sienten la suprema latencia
de un dios y que proclaman la egolátrica ciencia:
los exalto en mi canto, os convoco, os conjuro,
del pasado al presente, del presente al futuro...

Por todos los dolores de todos los vencidos
que entraron al eterno reino de los olvidos
por el largo sendero de los tiempos; por esos
que apretujó, por siempre, la Nada con sus besos;
por todos los que imprecaban el destino o la suerte;
por los que aman la vida, por los que odian la muerte;
por todos los que sienten en sí la enorme carga
de los siglos pasados; por los que encuentran larga
la ruta de las razas y enormes los éxodos
de los pueblos caídos; por todos; sí, por todos
los que redimir quieren el doloroso crimen
de sér y aún por los Cristos que a sí no se redimen.
Radiante en el martirio yo quisiera,
por redimir mi raza infame y pobre
— aunque el dolor de toda Ella sufriera
y aunque tuviera que romper mi lira—
radiante en el martirio yo quisiera
crucificarme eternamente sobre
la Cruz del Sur que sin cesar nos mira!...

III

Porque el dolor redime y hemos sufrido tanto
es preciso que la Humanidad su llanto
acalle y que en la nueva exaltación de un canto
anuncie nuevos partos de razas.

Necesario.

es que ya las tragedias dejen el escenario
de la tierra; es preciso que todos los artistas
anulen ya las farsas para ir a las conquistas
del porvenir; ya es tiempo de que una sola mano
manifieste las fuerzas del espíritu humano;
ha llegado el momento de empezar la jornada
contra las muchedumbres que se traga la Nada;
alcemos nuestras frentes, exaltemos la Vida;
quitemos de los labios el rictus del Suicida;
es preciso ser grandes, audaces y divinos
para impedir al Tiempo que siembre los caminos,
por donde va la Raza, de blancas osamentas!
alcemos, pues, las frentes y contra las afrentas

de Dios y la muerte vayamos, y así unidos
lograremos pasar por sobre los olvidos
y las eternidades!...

Empecemos la guerra
de las nuevas conquistas

Ya domina la tierra
el esfuerzo del hombre; ya trazaron sus cánticos
de esfuerzo, sobre el mar, los grandes transatlánticos
y ya, sobre los aires, una hélice nos traza
el canto de los nuevos designios de la Raza.
Aire, tierra y mar! Ya todo lo domina
la voluntad humana! Y ya no es la divina
voluntad la que rige ni a un solo asterismo:
que ya cada hombre se alza como un Dios en Sí mismo!

Arenga:

Vosotros los rebeldes de los gestos soberbios,
de las testas triunfantes y los potentes nervios;
y vosotros, en fin, los rebeldes supremos
que alzáis como estandartes vuestrlos labios blasfemos;
todos, todos vosotros los que halláis que es mezquina
la voluntad humana y absurda la divina;
todos, todos vosotros los supremos artistas
en todas las derrotas y en todas las conquistas
todos, todos vosotros los airados y enhiestos
que aspiráis al amplexo de magníficos gestos;
si, vosotros todos, los grandes triunfadores
que presentís los reinos y mundos interiores,
vosotros los sedientos de eternidad, vosotros
que domináis las ancas del viento y que en los potros
de la electricidad y en las locomotoras
queréis cargar al sol con todas sus auroras;
porque ya estáis cansados de hollar con vuestros rastros
la tierra y que queréis conquistar a los astros:
comulgad en mi canto de exaltación que augura
la conquista suprema, la rebelión futura
y erguidos en soberbia ritmad las sinfonías

que han de imprimir al cosmo las nuevas armonías.

Presiente las auroras mi exaltación de artista
y canta el porvenir y canta la conquista
de los astros! Bien: sea mi canto futurista!

Miserere ⁽¹⁾

La juventud, amor, lo que se quiere
ha de irse con nosotros. ¡Miserere!

La belleza del mundo y lo que fuere
morirá en el futuro. ¡Miserere!

La tierra misma lentamente muere
con los astros lejanos. ¡Miserere!

Y hasta quizás la muerte que nos hiere
también tendrá su muerte. ¡Miserere!

(1) El «Miserere» es un responso a la Humanidad, y por si sólo bastaría para cimentar la fama de un poeta. Es una síntesis magistral de la «Divina Comedia», cuyo sentido filosófico y visión profética sobre el devenir del mundo, lo colocan muy cerca o a la misma altura del autor de la magna obra.

O. V. O.

Elegías

I

Mis versos viejos guardan mi alma antigua,
alma de ensueño, corazón de estrella;
en ellos tiemblan la emoción lejana
y los cielos desnudos en belleza.

Versos antiguos, músicas antiguas...
fué lirio azul mi corazón de niño...
En plena juventud desencantado
siento morir la música conmigo.

Mi juventud es llanto sobre el mundo...
Sobre mi corazón tiemblan los cielos...
Hace tiempo estoy muerto pues la muerte
duerme en mis ansias hace mucho tiempo.

No hay blanduras de almohadas en mi lecho
ni caricias de manos en mi frente...
Entre todos los hombres estoy solo
esperando los sueños de la muerte.

Por eso amo mis versos más antiguos;
en ellos hay frescor de primavera;
hay rosales fragantes, soles de oro,
mujeres, juventud, amor, belleza.

He sido el dios de mis canciones viejas,
el dios desnudo de mi templo en ruinas;
pálido orfebre, cincelé la imagen
de mis canciones sobre carnes vivas.

II

Hoy caen los crepúsculos en mi alma,
y dormido me encuentran las auroras;
tengo tantas estrellas en mi ensueño
que hay un divino azul hasta en mi sombra.

Es tan honda la noche de mi espíritu
que es un éxtasis vivo su belleza,
y la muerte se acerca hasta mis besos
como virgen vestida con estrellas.

Yo dormiré algún día bajo tierra,
ni con mi sombra vagaré perdido;
no seré ni recuerdo ni fantasma,
ni amor lejano, ni canción de olvido.

Sólo entonces, tal vez duerma tranquilo,
sin inquietud alguna. Las estrellas
seguirán en los cielos y los hombres
vivirán sus dolores por la tierra.

Y yo estaré tranquilo con el polvo
sobre mi corazón, sobre mis labios;
pasarán los millones de centurias,
habrán muerto y nacido muchos astros.

Así quiero dormir bajo los siglos,
vestido con el polvo de lo eterno:
yo que rodé cual lágrima en el mundo
quiero apenas ser polvo sobre el viento.

III

Esta canción lejana y sin sentido
pende cual gota de agua en la clepsidra;
morirá con nosotros, con el mundo,
y con la eternidad que soñé un día.

No seremos ni sombra ni belleza,
ni atardecer, ni beso, ni poesía;
hoy somos niños ciegos que soñamos
con una triste realidad que vibra.

Poned el corazón sobre la tierra,
poned las almas sobre el universo
y sentiréis el tiempo que desgaja
con su temblor las almas y los cuerpos.

Poned vuestro dolor de ser efímeros
sobre un millón de siglos del futuro
y sentiréis que sois apenas polvo
arrojado, sin alma sobre el mundo.

Podrán nacer más astros en los cielos,
pero no los verán nuestras pupilas;
la muerte que ha cerrado nuestros párpados
es el único dios que tiene vida.

Lo demás es canción hecha de lirios,
y música de lágrimas y viento;
somos el polvo que hace los milagros,
pero el milagro mismo no es eterno.

IV

Oh milagro de Dios; tú eres el polvo
nacido del ensueño de soñar;

eres el verso antiguo de los hombres
que soñaron en ser eternidad.

Tú eres la paz que canta en los caminos
y el lucero infinito de los cielos;
con tí, ¡se llega hasta la muerte misma
soñando ingenuamente con lo eterno!

Gracias a tí florecen los rosales
y la muerte por tí se transfigura;
tú eres el verso antiguo de los hombres
y su divina cítara de músicas...

Ellos sin tí, sobre la tierra muda,
morirán de miedo, como niños
abandonados del pezón lactante
y ciegos sin sendero en lo infinito.

Ellos saben que tú puedes un día
llamarlos de su polvo, por milagro,
hasta el trono en que juegas con el tiempo,
con el ritmo armonioso de los astros.

Ellos todo lo esperan de tu mano
porque sabe que existes en lo eterno
y no debes morir porque no quieren
ser un poco de polvo sobre el viento.

Enero-Abril de 1919.

Elegías de la Cárcel

En esta Cárcel donde los hombres me trajeron
en donde la justicia de una ley nos encierra:
he pensado en las tumbas en donde se pudrieron
magistrados y jueces que hoy son polvo en la tierra.

Magistrados y jueces y verdugos serviles
que imitando, simiescos, la Justicia Suprema
castraron sus instintos y sus signos viriles
por jugar al axioma, a la norma, al dilema.

Quisieron sobre el polvo que pisaron, villanos,
ayudar al Demonio que sanciona a los muertos
por mandato divino y en vez de ser humanos
enredaron la urdidumbre de todos los entuertos

Creyeron ser la mano de Dios sobre la tierra
la ira santa, la hoguera y el látigo encendido,
hoy duermen olvidados bajo el sopor que aterra,
silencio, polvo, sombra, ¡olvido! ¡olvido! ¡olvido!

Y pienso que algún día sobre la faz del mundo
una justicia nueva romperá viejas normas
y un futuro inefable, justiciero y profundo
imprimirá a la vida nuevas rutas y formas.

Desde esta Cárcel sueño con el vasto futuro,
con el tierno sollozo que aún palpita en las cunas,
con las voces divinas que vibran el puro
cielo bajo la luz de las vírgenes lunas.

Sueño con los efebos que vendrán en cien años
cantando himnos de gloria resonantes al viento;
en las futuras madres cuyos vientres extraños
darán a luz infantes de puros pensamientos.

Sueño con las auroras con cantos infantiles
con alborozos virgenes, con bautismos lucientes:
que los astros coronan a las testas viriles
y su claror de seda es un chorro en las frentes.

Desde aquí sueño, Madre, con el sol bondadoso
que viste oro diáfano al mendigo harapiento,
con las vastas llanuras, con el cielo glorioso,
con los aves errantes, con las aguas y el viento.

La libertad del niño que juega sobre un prado,
del ave que las brisas riza con grácil vuelo;
del arollo que canta, corriendo alborozado;
del astro pensativo bajo infinito cielo;

La libertad que canta con las aves y es trino
con los niños, es juego; con la flor es fragancia;
con el agua canción, con el viento divino
véspero, errante aroma de lejana distancia.

Todo es nostalgia, Madre, y en esta Cárcel fría
mi amor de humanidad, prisionero, se expande
y piensa y sueña y canta por el cercano día
de la gran libertad sobre la tierra grande.

Yo que tengo lejanos jardines en la luna
y reinos invisibles en estrellas lejanas
y princesas dormidas de embrujada fortuna
y reinos interiores y cosas extrahumanas;

Yo que tengo un silencio de armonía, profundo,
gravitando con ritmo de misterio en mí mismo:
yo que siento y que vivo la belleza del mundo:
jamás podrán hundirme en el «pequeño abismo».

Basta que mire al cielo y llame a las estrellas
para arrullarlas dentro del corazón transido;
basta que, cara a cara, relate a Dios mis querellas
para que Dios conteste: «¡Hijo! ¿te han afligido?»

Por eso nada importa, Madre, que a tu buen hijo
los pobres hombres quieran herir. ¡Piedad por ellos!
Piedad, Piedad, Piedad! Mi amor ya los bendijo:
que la luz de los astros les peine los cabellos!

Santiago de Chile, 28 de Agosto de 1920.

Cielo azul y sol de oro. Un vuelo de palomas,
y errantes golondrinas y un tañer de campana,
y nostalgias del angelus de vésperos y aromas
y una visión de ensueños: la casita lejana.

Y mi madre en silencio, llorando mi tristeza
es en este crepúsculo una rosa de invierno
que mustian los ensueños de una clara belleza
y deshojan los vientos que vienen de lo eterno.

Tu dolor, madre mía, mi dolor, no son nada.
Sobre esta tierra huraña de quebranto en quebranto,
cerremos nuestros párpados, la pestaña mojada,
y alcemos nuestro ensueño sobre el valle del llanto.

Tú que has sido una santa tendrás paz inefable
y música de coros de bienaventurados
y yo habré de llegar al país admirable
de la leyenda de oro de reinos encantados.

Soñemos. Algún día sobre una tarde, juntos
sentiremos rumores, voces que están llamando;

la voz de nuestros muertos que soñamos difuntos
y que hace mucho tiempo nos están esperando.

Haya paz en tus ojos y perfume en tus manos.
Desde un hervor que espanta, éste, tu hijo maldito,
te ama por sobre el tiempo, por sobre los arcanos
y ha de seguir tus huellas por el mismo infinito.

Más allá de la muerte, de cielos o de avernos...
Más allá de los astros te seguirá mi paso;
alma, sombra o fantasma, o tendremos que vernos
o un mismo hondor de tierra será nuestro regazo.

Un hueco con cenizas. Todo mi amor lo espera.
Sueña con tu hijo, madre. Sueña tu alma que clama
que nuestra fe inmortal rompe toda huesera
y a la sutil ceniza la transformará en llamas.

Sin tí, madre, la vida sería un dón maldito;
una infame limosna de la carne suficiente;
pero tu amor, es rosa y es cristal inaudito,
es la divina música y es pensarosa fuente.

Hace ya muchos siglos que te vivo y te siento.
Mi tristeza es belleza de un extraño destino,
hacia tí me llevaba este o ese otro viento
hacia tu eternidad ese o aquel camino,

Como tú eras eterna, como tú eras divina,
como sobre tu frente caminaron los astros;
me creaste divino por gracia peregrina:
la eternidad, sumisa, seguirá nuestros rastros.

Por tí la raza humana, madre, se transfigura
ante mis pobres ojos, por tu amor se redime
la carne y la pasión. Por tu inmensa dulzura
nació en mí la piedad para el hombre que gime.

¡Dolor de ser tan triste y tener que ser bueno
porque siempre en mi frente siento que están tus manos;
¡dolor de ser dulzura para tanto veneno
y tener el alma puesta en astros lejanos!
¡Dolor, madre, dolor, de escribir mi elegía
por darte en rosas pálidas un secreto tesoro!
¡Dolor, madre, del canto que profanará un día

un mendigo, un tirano y el bocero del oro!

¡Dolor, madre, dolor de tener que cantar
porque un nudo fatal se anuda a la garganta
dolor de no poder odiar, y amar y amar
a un pueblo vil que deja poner en sí la planta!

¡Dolor, madre, dolor de tener que vivir
y amar la vida cuando lo vulgar mancha el mundo;
y dolor de saber que se ha de revivir
sobre una tierra pura que mancha el rico inmundo!

Cárcel, Setiembre de 1920.

Con el temor sagrado de manchar estas bellas páginas a mi madre con mi rara locura;
me dirijo a las altas y más puras estrellas
y a las almas más buenas de la vida futura;
invoco la sagrada memoria de los muertos;
me pongo ante Dios mismo desde lo azul del verso;
recorro las montañas, llanuras y desiertos;
ritmo mi corazón con todo el universo;
pongo miel en mis labios, en mis besos dulzura;
olvido mi tristeza, no lloro en mi elegía;
y por ser en el verso la perfecta armonía
sacudo esta tristeza con la cual me confundo
y en un abrazo eterno quiero abrazar al mundo.

Estoy bajo la noche y escucho el hondo llanto
que dura muchos siglos sobre la torva tierra;
es el dolor del mundo y el humano quebranto
de ésta, la humanidad que ciega yerra y yerra.

¿Cuándo, desde unas torres, vibrarán las campanas
que anuncien la sonora, gloriosa epifanía
de redención a todas las miserias humanas
que brillan bajo el oro del sol, a pleno día?

¿Cuándo vendrá del mar un poderoso viento,
que cantando, penetre por todos los caminos
deshojando las vastas sombras del pensamiento
abriendo nuevas rutas y múltiples caminos?

¿Cuándo vendrán fatales las hondas conmociones
que despedacen rocas y abran corazones?

Hace ya mucho tiempo que en vano espero... espero
La Humanidad ya tiene su corazón de acero.
Nada la agita ya, su torpe escepticismo
abre a su pie un abismo, abre luego otro abismo;
cruza por las infamias sangrientas de la guerra,
y jamás la piedad se tiende por la tierra.

¿Hasta cuando trazamos las rutas de esperanza
sobre los desolados campos de la venganza?

¿No hay amor en los pechos? ¿No queda fe sublime
¿No hay un amor de madre, un amor que redime?

¡Hombres que váis marchando como ciegos perdidos
despertad vuestros pobres corazones dormidos!

El pensamiento es un gusano vivo...

En esta blanca página mi verso de oro escribo:
el hombre pensativo...

Una mística celda es la que encierra
mis ansias de vivir, mis furores en guerra:
caiga paz en la tierra.

Bajo la luz de un astro me confundo
y alzo hasta lo infinito mi anhelo más profundo:
mi voz reza en el mundo.

Divino es todo pensamiento humano:
tengo el alma en suspenso sobre un astro lejano
no he de morir en vano.

Estoy soñando, Dios, con el futuro.
¿Será senda de luz, camino oscuro?
No lo sé, mi Señor, más me apresuro.

Mi corazón estaba tan dormido
que era como un infante sin sentido,
pero una voz secreta le ha movido.

Y está de pie esperando tu llamado.
como una antorcha al rojo está inflamado;
¡hasta mis sombras se han iluminado!

Tristeza de las cosas, de la vida...
cansancio, más cansancio:
En vano amé las torres de Bizancio.
Tristeza de la tierra, de los mundos
y del espacio azul:
Adiós! Adiós! quimérico Stambul!

Caminos de Damasco: Cairo y Jerusalem,
tronos de Roma: adiós!
una estrella que fulge nos señala el Edén;
la eternidad que empieza nos conduce hasta Dios.

Sobre la tierra muda van cantando los vientos
y mis versos desnudos de vanos pensamientos,
canciones y canciones:
se están muriendo las constelaciones,
músicas y armonías.

Aquí terminan estas elegías;
escritas por mi mal o por mi bien,
Dios las acoja: amén!

Cárcel, 10 de Setiembre de 1920.

Humildad

Cuando duerma,
en el hondo negror de la tierra profunda,
el sueño del cual nunca se despierta:
cuando duerma,
en el hondo negror de la tierra profunda,
y arriba lejos de la tierra
sigan abriendo los cielos
sus jardines eternos de estrellas;
cuando duerma,
en el hondo negror de la tierra profunda,
cerrados los ojos y mudos los labios.
grillos en la boca, grillos en las cuencas,
cenizas mi cuerpo y polvo mi carne,
muerto entre los muertos:
entonces, cuando duerma,
ante lo infinito del mundo y lo eterno
seré un milagroso puñado de tierra,
entonces, cuando duerma,
bajo el hondo negror de la tierra profunda,
olvidado de todos, Dios mío,
solo, solo y en la sombra eterna,
olvidado de todos, seré como todos,
¡Dios mío! un puñado de tierra.

Momento

(Del volumen inédito "La Sonrisa Inmóvil")

La belleza infinita que eterniza el momento
pasa por el paisaje.

Una sola garganta
son las aves, el mar, el bosque el viento.
¡Oid, toda la tierra, divinamente, canta!

¡Hasta el silencio mismo tiene su voz que reza,
cuánta forma invisible, cuánta campana muda!
¡El cielo se abre en astros de sagrada belleza!
¡Mirad cómo la noche se hace virgen desnuda!

Abrid, abrid los ojos; este instante que alienta
prolongando los tiempos con su timón profundo
se hizo para nosotros, para que el hombre sienta
que su alma fué forjada con el alma del mundo.

Desnudo

Al morir, moriré con los brazos abiertos,
porque he sufrido todos los dolores divinos,
no llevaré mis manos juntas como los muertos:
he sangrado en las cruces de mis propios caminos.

Mi carne la escarcharon todos los desalientos
y mi cansancio enorme es hastiado y maldito
mi fardo de martirio lo azotaron los vientos
que vienen y que van de infinito a infinito.

El instante supremo por eso no me aterra
y, quedaré, solemne, en cruz, por siempre mudo
bajo el acre regazo de negra, húmeda tierra,
sin harapos de gloria, sin vanidad, ¡desnudo!

Treno

Sobre tu pobre esqueleto
y tu vida de fantasma
Dios plasma sombras y plasma
un misterioso secreto.

Sobre el horrendo pecado
de tu pobre y tu laceria

vivirán en la miseria
los hijos que has engendrado.

Tú que eres juez en el mundo
y marcas normas severas
para la dañada fruta,
recogerás el fecundo
bien, tus hijas, rameras
y tu mujer prostituta,

Sacándote del olvido
en que por siempre has vivido
vengo a decirte al oído:
«hombre justo, hombre fuerte,
no le temas a la suerte
que te prepara la muerte!»

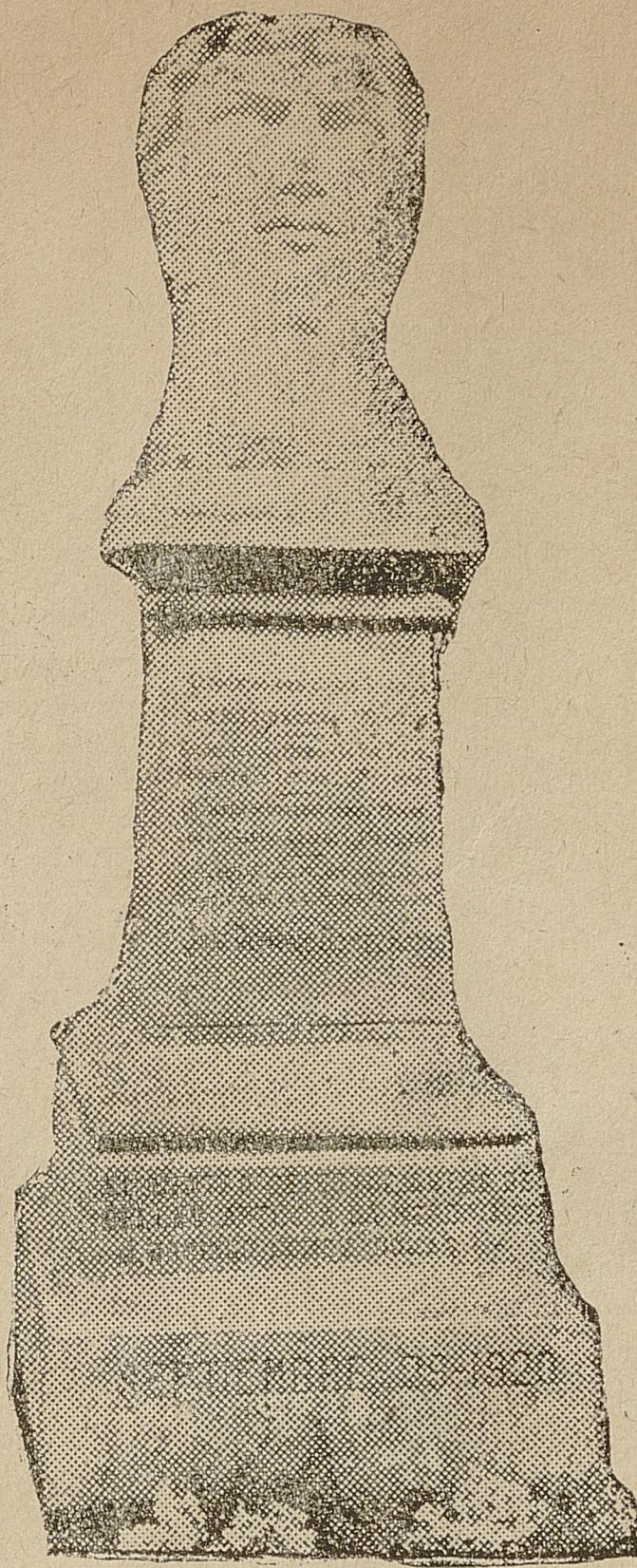
Sopla vesperal caricia
sobre jardines dolientes
y están llorando las fuentes
de la suprema justicia.

Ha de llegar a tu lado
por divina providencia
para dictar tu sentencia
el más alto magistrado.

Ya su mano se levanta
formulando su dilema:
«Esta justicia suprema
nunca vibró en tu garganta».

O bien: «Si tu mano pudo
detener la injusta ley,
tú eres mi siervo o mi rey
o mi esclavo o mi verdugo».

Y esas dos manos que oprimen
con un crimen otro crimen
sentirán que un Dios eterno,
desde los cielos nos llame,
y que ese Dios por tí clame:
ese juez, para el infiernol!»



Monumento erigido en la tumba de José Domingo Gómez Rojas en el Cementerio General de Santiago por el Centro Estudiantes de Bellas Artes.

Consiste en una copia aumentada de la mascarilla del poeta esculpida en granito.



